



Memoria e interpretación del siglo XX (iii)

LOMBARDI, Ángel

Universidad Católica Cecilio Acosta
rector@unica.edu.ve

“Un siglo que ha conocido en un lapso tan corto los campos de concentración de Hitler y de Stalin, la bomba atómica de Hiroshima y otros horrores, es un siglo desbocado y que corre hacia el precipicio”
Octavio Paz

Un concepto, cada vez más anacrónico, es el de mundo socialista o socialismo real, no solamente porque desapareció la Unión Soviética, sino que de los 4 países comunistas que quedan (China, Vietnam, Corea del Norte y Cuba) cada uno es diferente y uno no sabe por cuanto tiempo más se van a seguir llamando comunistas. Además, en el caso específico de Cuba, muerto Fidel, este país volverá a ser lo que siempre fue, dado su tamaño y ubicación, una playa más de los Estados Unidos.

El socialismo real se fue desarrollando sobre la base de la “realidad por delante” y no según la teoría marxista invocada. Lenín fue un pragmático con principios, un político realista y lúcido. De acuerdo a la teoría, el socialismo y la revolución socialista debieron desarrollarse en la economía industrial más avanzada de la época, es decir, la alemana y no en la atrasada Rusia.

Muerto prematuramente Lenín en 1924, aunque incapacitado desde 1922; una Rusia devastada por la guerra civil y una lucha interna por el control político (1924-1928) termina en las garras de Stalin, hasta 1953. Sátrapa, cruel y sanguinario, crea ese mundo

cerrado y opresivo que fue el mundo socialista, con apenas un 4% de comercio con el campo no socialista, pero este enorme “Gulag” tenía varios méritos históricos: había evitado la gran depresión del año 29, había resistido y vencido a Hitler y se había convertido en el mejor ejemplo de industrialización rápida y crecimiento económico sostenido, como dice Hobsbawn, “el comunismo soviético se convirtió, por lo tanto, en un programa para transformar países atrasados en avanzados”. Es decir, con la receta adecuada para el momento adecuado, cuando, por el proceso de descolonización que se produce a partir de 1945 con la guerra y la caída de los imperios coloniales, surgen y se multiplican los países. Estos tenían como único programa, aparte de la independencia, discutir y decidir el modelo de desarrollo a adoptar; hasta países no comunistas terminaban utilizando fórmulas y recetas soviéticas, en especial el llamado capitalismo de estado, un híbrido interesante, inspirado tanto por Keynes como por los éxitos de Stalin.

El verdadero rostro de éste se descubre después del informe Kruschev en 1956 y la denuncia de algunos escritores, en particular Solschenitzin con su desgarrador testimonio sobre el *Gulag* soviético. La Unión Soviética, desde el punto de vista económico, deja de ser exitosa, a partir de los años 70 y deja de ser un ejemplo para los países atrasados, a la par de haberse convertido en una potencia conservadora del *status quo* y desalentadora de cualquier movimiento revolucionario.

De hecho el “socialismo real” terminó siendo el interés de la Unión Soviética como potencia y como se vio después de Gorbachov, la mejor salvaguarda de los intereses imperiales de Rusia, como país.

Hoy lo sabemos, desde la comodidad teórica de la “sabiduría retrospectiva”, que la Unión Soviética no podía sobrevivir a sus propias limitaciones y contradicciones internas, de allí que la cronología de la crisis resulta clara: 1956 la crisis de Hungría; la ruptura con China; 1968, la invasión de Checoslovaquia; el movimiento Solidaridad en Polonia; Gorbachov y su intento de reforma con la *Glasnot* y *Perestroika*; transparencia y reforma que llegaron

demasiado tarde y que tenían que ver con una crisis que se alimentaba de una sociedad crecientemente descontenta y una economía estancada. La economía soviética había dejado de crecer, y por consiguiente, no satisfacía las exigencias de orden material de la mayoría de la población, naufragando en un gasto militar insostenible. Con la caída de la Unión Soviética termina una época, de esperanza y oprobio al mismo tiempo.

El Tercer Mundo sobrevive en los problemas de la pobreza de una buena parte de la humanidad. No existen recetas, las dificultades se multiplican, pero no podemos abandonar la esperanza. El mundo proyectado racionalmente en el siglo XVII – XVIII y XIX como un mundo de progreso y civilización, fue cancelado brutalmente en el siglo XX, pero en el siglo XXI no podemos abandonar la posibilidad de una *historia* más *humana*.

Para un habitante adulto del mundo todo ha cambiado o está cambiando y al mismo tiempo todo aparentemente sigue igual, paradoja y encrucijada son las dos palabras que se me ocurren para tratar de entender y definir la situación en la perspectiva de este comienzo de centuria y milenio.

Para un habitante tradicional del mundo rural en África, Asia o América Latina todo es igual a lo conocido de siempre con excepción de algunas tecnologías y objetos presentes en su cotidianidad, aunque no formen parte de su uso personal y algunas actitudes y conductas de los más jóvenes que no terminan de encajar en su mundo tradicional, aparentemente eterno e inmóvil. La misma situación se repite en los sectores populares de pueblos y barriadas de los diversos países del mundo; pero las noticias son inquietantes, la presencia continua y masiva de la televisión con sus mensajes de consumo y felicidad prometida; las cosas ya no son totalmente iguales a como eran antes. En el resto de la población del mundo, escolarizada, urbanos de condición o mentalidad de clase media, todo va cambiando aceleradamente y ellos sienten que forman parte del cambio y tratan de acostumbrarse y saben que tienen que hacerlo; hay que aprender computación e idiomas; obtener o acceder a las ofertas de todo tipo, que facilitan la vida o la entretie-

nen; hay que tener un automóvil, divertirse, desplazarse. No se sabe qué nos depara el futuro, dónde vamos a trabajar y vivir en definitiva y cuáles van a ser las oportunidades reales de nuestros hijos. En lo demás, tratan de vivir como la mayoría, sin entrometerse demasiado unos con otros y se aferran a unas creencias y a unas costumbres con la ilusión de que al fin de cuentas todo ha cambiado o está cambiando, pero al mismo tiempo todo es igual. Las elites y las minorías intelectuales viven como la mayoría pero perciben más agudamente las nuevas realidades para asumirlas racionalmente, utilizarlas y, eventualmente, aprovecharlas. Pero a todos les embarga una desazón y un temor generalizado. Prevalece un sentimiento de precariedad e inestabilidad y todo el mundo habla de stress, estar en forma, dietas y modas, por lo menos en la cultura de clase media en su sentido más amplio. Todos sufren de neurosis y angustias y los más intelectualizados hablan de hipocondrías y fobias; de costos y oportunidades.

El mundo definitivamente es otro, la novedad no es el cambio, éste siempre ha existido y es la esencia de la vida y la historia, como muy bien lo supo Heráclito; la novedad es la rapidez del cambio, su velocidad e intensidad, su condición planetaria en un mundo cada vez más homogéneo y unidimensional, de individuos y conductas cada vez más parecidas, aunque se mantengan diferencias culturales, sociales y generacionales importantes. Paradoja, confusión, precariedad y temor signan nuestro tiempo finisecular.

“La historia de los veinte años que siguieron a 1973 es la historia de un mundo que perdió su rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la crisis” (Hobsbawn). Para un venezolano que pensaba en la crisis como algo solamente nacional es todo un descubrimiento darse cuenta de que la crisis tiene carácter mundial y de que el país no es tan excéntrico o marginal al mundo como muchos creen.

Igual que en el planeta, vivimos la crisis de la economía, el estancamiento, la recesión, la caída del PIB, el desempleo, la inflación, la devaluación, la violencia urbana, la inseguridad, la economía informal, una juventud desatendida y desorientada, y como es lógico, una crisis política, caracterizada por el desencanto y la pér-

da de apoyo de los partidos tradicionales, la aparición de fuerzas emergentes y golpes de estado, y la prolongación de la demagogia y del populismo de siempre. A nuestra izquierda política le pasó lo que a la Unión Soviética, terminó siendo un poder conservador. La izquierda una vez en el poder se transmuta en derecha.

Al mundo no le está yendo mejor, aunque como es lógico, la crisis no afecta a todos por igual, ni a los países entre sí, ni con respecto a las clases y grupos sociales; los más golpeados son los países del llamado Tercer Mundo y los que vienen del antiguo bloque comunista.

Los ochenta y parte de los noventa son conocidos como los años perdidos para la mayoría de los países del mundo, con espectaculares caídas del PIB y el consiguiente empobrecimiento colectivo.

En Rusia el PIB cayó un 17% en 1990-91; un 19% en 1991-92 y un 11% en 1992-93. En Polonia el PIB cayó un 22% entre 1988 y 1992; Checoslovaquia casi un 20%. Rumania y Bulgaria casi un 30% en los mismos años (Hobsbawn) y así en la mayoría de los países. La deuda los agobiaba a casi todos y la desintegración social y la inestabilidad política a muchos los comprometía, inclusive en su viabilidad y subsistencia como estado-nación, como el caso de Somalia, Etiopía, Angola, Liberia y algunos otros de África y Asia.

La brecha entre pobres y ricos se ensanchaba y los gobiernos apenas “intentaban comprar tiempo” para sobrevivir, como lo hizo Carlos Andrés Pérez en su segundo gobierno, igual Caldera y ahora Chávez. Las economías se convertían en submarinos y navegaban por túneles sin salida aparente.

El estado-nación se debilitaba frente a fuerzas mundiales mucho más poderosas y eficaces; inclusive en los países avanzados y más consolidados la crisis se hacía sentir, como es lógico, en los sectores más pobres y marginales y en la juventud, cuyo futuro se volvía cada vez más incierto y precario.

El desempleo juvenil se hizo catastrófico y la escolaridad se dificultaba cada vez más, de allí el auge de la subcultura juvenil especialmente en las grandes urbes con su costo de droga y violencia, y en definitiva, con el fracaso existencial de muchos de ellos.

En la misma proporción que crece y se desarrolla la crisis, aumentan las tensiones y conflictos de todo tipo y el ser humano y las sociedades tienden a ser más egoístas y nada solidarias.

Se potencian las exclusiones sociales (la propia identidad se afirma sobre el rechazo del “otro”) resurge el racismo y la xenofobia, los grupos y regiones privilegiados no quieren compartir sus ventajas. Vascos y catalanes quieren separarse de España; la liga Norte en Italia quiere segregarse del Sur. El Norte próspero sigue empeñado en el intercambio desigual y en el interior de cada sociedad las diferencias son groseras, el 10% de la población apropiándose de la mayor parte de la renta nacional, condenando a la mayoría a una marginalidad y exclusión casi absoluta.

Este mundo desestabilizado en los últimos 30 años del siglo ha vivido no menos de 100 guerras; más de 50 movimientos guerrilleros o de grupos armados, con millones de muertos, desplazados y refugiados; pero como la mayoría de estos trágicos acontecimientos ocurren fuera de las fronteras de los países “avanzados”, no pasan de ser noticias de televisión para la mayoría de la gente y compromiso teórico de intelectuales de café.

Pero el problema es serio y va a continuar, la lista es larga y abierta: Vietnam, Angola, Etiopía, Somalia, Zaire, Mozambique, Camboya, Afganistán, Centro América, Irán, Irak, el Medio Oriente, etc.... Ya no se trata de una onda revolucionaria como la que se desató a partir de 1789, con propósitos y métodos determinados; o como ocurrió a partir de 1917, sino que se trata de un caos de violencia con signos ideológicos confusos y opuestos y métodos anarquizados y de destrucción total e indiscriminada, por comodidad identificado, como terrorismo fundamentalista. A diferencia de las revoluciones de 1789 y 1917, la violencia era ejercida en los límites de una pretendida racionalidad y con la pretensión de crear un futuro mejor.

La actual violencia es de simple resistencia o sobrevivencia o de odio absoluto al contrario, al que hay que destruir como sea.

El mundo necesita un gran acuerdo civilizatorio para limitar y eventualmente acabar con esta situación. La estrategia imperial

norteamericana de poder no es suficiente, es necesario convocar al mundo, países, iglesias, instituciones, para un gran diálogo y acuerdo inter-cultural e inter-religioso; volver a estabilizar geopolíticamente al planeta sobre una economía con rostro humano y una sociedad que retome el curso de la solidaridad y la fraternidad efectiva.

Las elites tienen una gran responsabilidad al respecto, pero igualmente las masas, es decir, cada individuo, con su voto consciente, con su opinión responsable y con sus beneficios y ventajas dispuestos a compartirlos. Ningún acto de violencia tiene justificación moral y las razones políticas o de otra índole, por muy legítimas que sean, no justifican la violencia.

En este mundo convulsionado, América Latina parece resumirlo todo y si quiere puede jugar un papel importante, siempre y cuando esté dispuesta a aprender de sus errores. El sub-continente fue pionero en el proceso de descolonización aunque se retrasó demasiado en los procesos de modernización.

1910 en México y 1918 en Argentina son fechas distintivas de procesos históricos que marcaron profundamente al continente, procesos que se agotaron rápidamente por la incapacidad y rapacidad de las elites que los dirigieron. 1959, con la Revolución Cubana, fue otro proyecto fallido, por la megalomanía y autosuficiencia de un líder y una “nomenclatura” de funcionarios privilegiados.

Desde otro punto de vista, nuestras “burguesías” fueron más hábiles en maridar negocios y política, aprovechándose de ello que crear economías modernas. Nuestros políticos abusaron de la demagogia y el populismo, siendo hábiles en buscar votos y desarrollar lealtades sociales. Se olvidaron del arte del buen gobierno, que en términos modernos, es básicamente buena gerencia y administración, la cual equivale a una adecuada distribución de los recursos.

Nuestros académicos e intelectuales, abandonaron o no asumieron la función crítica de su oficio, con raras excepciones. Fueron en su mayoría muy complacientes con el poder o tuvieron la tentación de ejercerlo directamente, todo lo cual le negó a nuestras sociedades el necesario auto-reconocimiento crítico, que permite

aprender de nuestros errores y deficiencias para avanzar. El reto principal de nuestras sociedades es estabilizarnos políticamente, de manera democrática y pacífica. Desarrollar una economía sin dogmas, abierta, competitiva, moderna. Corregir progresivamente los múltiples desequilibrios e injusticias de nuestras sociedades y entender de una vez por todas que el futuro volverá a nacer de una educación adecuada y una cultura en correspondencia con la revolución tecno-científica.

Los hechos históricos mientras suceden parecen eternos, igual que sus personajes y acontecimientos, hasta la anécdota más insignificante parece importante. Los protagonistas de la historia se creen eternos; en realidad tienen apenas el cuarto de hora de fama que les corresponde a los seres humanos, como decía Andy Warhol.

Retrospectivamente nada es eterno, lo único real es el desván de la historia o el olvido. Con la Primera Guerra Mundial desapareció el imperio de los zares, el imperio austro-húngaro y el imperio alemán y turco, además de la *belle époque*. El milenio del III Reich duró escasamente 12 años.

Con la Segunda Guerra Mundial desaparece el imperio colonial francés e inglés y la Unión Soviética no llegó a durar ni siquiera el siglo. Hoy la Guerra Fría y el comunismo suenan a prehistoria; el nazi-fascismo recuerda a una película muda; el siniestro Hitler, a un amanerado gesticulante y el cruel Stalin es un nombre embalsamado.

La historia termina siendo una gran trituradora de personas y hechos; se traga siglos y épocas enteras y apenas se salva una imagen, un objeto, un texto, lo demás es mitología, arte y literatura en el mejor de los casos. La Iglesia Católica, que sabe muy bien de estas cosas de la historia, sabe de lo efímero de las cosas de los hombres.

El arte y de manera más general la cultura, siempre es de carácter social e histórico, aunque pueda identificarse individualmente a sus autores y no puede ser de otra manera ya que los seres humanos somos seres sociales y por consiguiente históricos. *Hic et nunc*, aquí y ahora, son los límites de toda existencia, un pasado,

un presente y un futuro, que en términos estrictamente existenciales no van más allá de un siglo.

El arte siempre pretendió reflejar la realidad, asumirse en la realidad y eventualmente influir en ella, así lo pensaban o intuían los artistas anónimos de la prehistoria con su representación de hombres y animales para anticipar y hacer propicia la próxima carcería. Así pensaban o intuían en el antiguo Egipto, cuando reproducían las diversas figuras para anticipar y fijar el inevitable viaje a la eternidad.

No otra cosa pretendían los antiguos sino vencer a la muerte eternizando formas y rostros, y así el arte en general fue reflejando lo que los seres humanos eran o esperaban ser. Hasta que se llegó al concepto ya más elaborado de reflejar o representar la belleza o lo bello, presuponiendo que Platón tenía razón en su idealismo filosófico, cuando decía que dentro de cada piedra preexiste un hermoso caballo que el escultor simplemente devela.

También al arte se le asignaron tareas educativas, constructivas y pragmáticas, como una expresión de la cultura en general de ese pueblo o de esa sociedad y siempre el arte, directa o indirectamente estaba en relación con el poder y las estructuras de dominación de una sociedad. Todo esto cambia en el siglo XX; por primera vez el arte intenta negar la realidad y desvincularse del poder, lo que no significa que lo lograra; lo que si se logró de manera innegable es que el arte se masifica y el objeto u obra de arte se convierte en mercancía.

Cada género se desarrolla y codifica en función de las masas, las elites pierden el monopolio de utilizar y disfrutar de las diversas artes y éstas se multiplican y reproducen a si mismas hasta el infinito, gracias a la tecnología. La radio, el disco, el casete y el CD ponen al alcance de todos, todo tipo de música. El cine, la fotografía y la televisión reproducen hasta el infinito cualquier imagen y la omnipresente publicidad no tiene límites de ningún tipo para convertir a todas las manifestaciones artísticas en instrumentos dóciles de sus propósitos mercantiles.

Pero a pesar de lo dicho, igualmente puede sostenerse la tesis que el verdadero arte sigue siendo cosa de minorías, aunque no necesariamente por razones socio-económicas, ya que hoy el acceso generalizado a la educación permite que cualquiera pueda disfrutar del arte en general. Lo que sucede en la práctica es que el arte interesa a unos pocos, y estadísticamente, esto es igual en todas las sociedades; por ejemplo los habitantes asistentes a los conciertos de música clásica en ciudades como París o Nueva York, porcentualmente son los mismos que van en cualquier ciudad del llamado Tercer Mundo. Sobre 10 millones de habitantes, asisten a estos conciertos no más de 40.000 personas.

Igual sucede con los museos, aunque esta estadística se modifica un poco, por los turistas de paso, especialmente en ciertas ciudades emblemáticas. Asimismo ocurre con el cine y la literatura; el buen cine o cine de autor no atrae muchos espectadores. En Suecia se dice que las películas de Bergman dan prestigio y premios, pero siempre ocasionan pérdidas y la buena literatura no corre con mejor suerte. En los Estados Unidos, en la década de los 70, un poeta reconocido no vendía más de 5.000 ejemplares, igual que en Venezuela, un autor consagrado como Uslar Pietri, la 1era. edición de sus libros no pasaba de 5.000 ejemplares. Paradoja de nuestro tiempo, la cultura se masifica y al mismo tiempo sigue siendo elitista, con las excepciones del caso y particularmente con la llamada cultura del entretenimiento, que con el deporte, se ha convertido en el gran negocio del siglo, movilizandando la atención y el interés de millones de personas.

El arte en la primera mitad del siglo se asume y resume en las diversas vanguardias e “ismos”; todo era experimentable, sonidos, formas, colores, lenguaje; Malher, Picasso y Joyce son nombres representativos al respecto, se termina proponiendo un arte que trasgrede, subvierte y pretende ir más allá de la realidad, de hecho, pretendiendo inventar otra realidad. El arte se complica, igual que la realidad histórico-social. En la segunda mitad del siglo, se continúa con estas tendencias y se sigue experimentando con otras posibilidades de tipo tecnológico, hasta llegar a un relativismo absoluto, en donde, de querer decirlo todo, se termina no diciendo nada.

Todo se vuelve precario y transitorio, es la época del *post: post moderno, post industrial, post marxismo, post estructuralismo*. Nadie sabía hacia donde íbamos, pero había que seguir la marcha, por aquello de que la importancia del viaje es el viaje mismo. La obra se hace abierta y cada lector o espectador la hace suya; la obra se independiza del autor y a éste se le ofende si se le pregunta sobre lo que quiso decir ya que casi siempre, de verdad o de mentira, apela a lo onírico y a los sueños, es decir al mundo inconsciente e irracional del individuo. El arte se diluye en la confusión general, sólo la arquitectura se hace emblemática y significativa de la época.

El viejo arte que pretendía expresar la época ya no está de moda, ni siquiera el arte moderno y de vanguardia que pretendía transformar el mundo; el arte se hace omnipresente e inútil. El artista se integra, quiéralo o no, y el mejor ejemplo fue Salvador Dalí, snob y teatral, que terminó siendo un espectáculo tarifado. Walter Benjamín hablaba del arte en la época de su reproductibilidad técnica, como el principal tema de reflexión y creo que no le faltaba razón.

Muchas teorías se han manejado sobre el arte en el siglo XX, desde la deshumanización a la muerte del arte; nosotros preferimos pensar simplemente en transformación, porque la historia es así, todo termina transformándose. El arte sigue proyectando en quien lo produce y en quien lo consume, una aureola de prestigio; normalmente denota buen gusto y cultura, ayudando a dar legitimidad aristocrática a los nuevos ricos. Le proporciona brillo a la burguesía, y en general, la gente que compra o colecciona arte, se siente bien socialmente.

Igualmente, el arte hoy es una industria, el creador en solitario es una excepción, los materiales son caros y las técnicas cada vez más sofisticadas. Picasso era una industria, como lo es Soto. No es casual que la principal industria italiana sea el diseño y la moda.

Nadie concibe hoy una película como una hechura del Director. En fin, el arte en cualquiera de sus manifestaciones, termina siendo un área de la economía, las excepciones confirman lo dicho, a menos que se asuma el aislamiento y la marginalidad como postura.

El mundo del arte y del espectáculo en la cultura contemporánea se suele clasificar de la siguiente manera: cine, música, libros, arte, arquitectura, teatro, danza, otros, el orden no significa nada. En cualquiera de estos campos, reducidos sólo al siglo XX, la información es abrumadora y la valoración de los mismos infinita, ya que variará con cada ser humano y con cada sociedad en particular.

Un ejercicio al respecto lo hizo el periódico *Liberation* de París, que clasificó en cada rubro la obra más conspicua del año. En arquitectura el resultado fue el siguiente:

- 1973 La ópera de Sydney. Australia.
- 1974 La Asamblea Nacional de Dacca. Bangladesh.
- 1975 Conjunto de edificios J.B. Clement Say sur Seine. París, Francia.
- 1976 Sears Tower, Chicago. Estados Unidos.
- 1977 Centro George Pompidou. París, Francia
- 1979 Il teatro del Mondo. Venecia, Italia
- 1981 Centro de Investigaciones Schlumberger. Cambridge, Gran Bretaña.
- 1982 Mezquita Yrama. Tahoma, Nigeria.
- 1983 High Museum of Arts. Atlanta, Estados Unidos.
- 1985 Lloyd's. Londres, Gran Bretaña.
- 1986 Hong Kong and Shanghai Bank. Hong Kong, China.
- 1987 Museo de La Menit. Houston, Estados Unidos.
- 1988 Instituto del Mundo Árabe. París, Francia.
- 1989 Bureaux Falkestrasse. Viena, Austria.
- 1989 La Grande Arche. La Defense, París, Francia.
- 1990 Torre del Banco de China. Hong Kong, China.
- 1991 Centro de Arte Contemporáneo Vassivière, Francia.
- 1993 Cité de la Musique. París, Francia.
- 1994 Lingolto (Rehabilitación de una antigua fábrica) Fiat. Torino, Italia.

- 1995 Euralille, Lille, Francia.
- 1996 Biblioteca de Francia, París.
- 1997 Museo Guggenheim. Bilbao, España.
- 1998 Centro Cultural J.M. Tjíbaou Noumen. Nueva Zelanda.
- 1999 Reihstag (El nuevo parlamento). Berlín, Alemania.
- 2000 Tate Gallery Modern. Londres, Gran Bretaña.
- 2001 Iglesia Nuestra Señora de Pentecostés. La Defense, París, Francia.
- 2002 Biblioteca de Alejandría. Alejandría, Egipto.
- 2003 Aeropuerto Charles de Gaulle. París, Francia.
- 2003 El jardín del mundo (proyecto seleccionado para ser construido donde estaba el tristemente célebre World Trade Center– Las torres gemelas) Nueva York, Estados Unidos.

Para cualquiera que repase esta lista, inmediatamente llamará la atención la preeminencia francesa, lo mismo sucedería si la lista se elaborara en otro país o con otros criterios, etnocentrismo inevitable y parte de la mediatización cultural que siempre opera en estos casos.

Se dice de este tipo de listas inventario que lo importante es lo que se dejó afuera, por ejemplo a los venezolanos nos hubiera gustado encontrar allí nuestro teatro Teresa Carreño y así en cada país habrá una obra o varias no tomadas en cuenta.

La misma limitación etnocéntrica se pone de manifiesto en los otros rubros. Lo importante de este ejemplo es constatar cómo a pesar de la globalización o mundialización y a pesar de las limitaciones y evidente crisis del estado-nación, el mundo sigue marcado profundamente por los particularismos de todo tipo.

Uno de los retos fundamentales del siglo XXI es conciliar estos particularismos, no necesariamente negativos, con una visión y una cultura verdaderamente global, o por lo menos, que responda a los intereses de la mayoría de las personas sin exclusiones de ningún tipo.

Civilización y cultura son dos palabras frecuentes en la historiografía; como cualquier historiador sabe, es lo único que queda cuando nada queda; desaparecen las personas, inclusive los grandes nombres; gobiernos y sistemas políticos terminan en nada. La economía se transforma y las sociedades desaparecen, se mezclan y también cambian; al final, el historiador, con el arqueólogo, el etnólogo, el antropólogo y muchos otros especialistas terminan registrando lo verdaderamente importante, es decir, las cosas del espíritu y la cultura. Así va a pasar con el siglo XX, siglo terrible y al mismo tiempo luminoso, porque allí los seres humanos a pesar de todo, no abandonaron la esperanza, es decir, el derecho al futuro. De eso se trata en este comienzo de centuria y milenio, no de sacrificar ni renunciar al futuro, y en este sentido si bien son muchas las amenazas, la tecno/ciencia y la cultura en general siguen siendo una puerta a la esperanza.

El tiempo terminará borrando los muchos nombres viles y detestables que asolaron el siglo como en una historia de la infamia, según el decir de J.L. Borges y como siempre, prevalecerá lo mejor de los seres humanos, la bondad, el altruismo, la solidaridad, la fraternidad, en fin ese amor universal del que tanto se ha hablado, y que, otra vez en palabras de Borges, es la historia de la eternidad humana.

El proceso histórico es como un libro abierto, escrito por muchos autores y leído por millones en épocas subsiguientes. Muchas cosas serán olvidadas, como es lógico y sano, de lo contrario la memoria nos abrumaría de pasado y pudiera llegar a comprometer el presente y el futuro. Tan malo es el exceso de recuerdos como la falta de memoria. La primera situación es propia de los conservadores y reaccionarios que piensan que las mejores épocas ya pasaron, un poco el error que repite con frecuencia el mundo de los adultos y los viejos, que idealizan la propia juventud y niegan la de sus descendientes. El olvido y la desmemoria, propios de la juventud y de algunas sociedades que les conviene olvidar cierto pasado, conduce a la inconsciencia y a una inadecuada actitud y a un desprecio por el pasado y por la historia, asumiendo la peligrosísima conducta de pretender vivir siempre en el primer día de la creación.

Esta situación generalizada de olvido, con una pretensión de *presentismo*, en el fondo denota una gran irresponsabilidad, ya que nunca terminamos de asumir nuestros actos y siempre pretendemos volver a recomenzar.

La historia es como una película, hecha en colectivo, con personajes y acontecimientos de primera fila y los espectadores, que emitirían el juicio definitivo. El siglo XX por consiguiente es un libro y una película que nos invita, por su cercanía a ver y a leer.

El siglo, muy tempranamente fue identificado como un tiempo agónico y amoral a la vez; un tiempo de crisis, en donde lo que iba a morir, moriría y lo que estaba por nacer, nacería; así fue y así ha sido, somos testigo de ellos.

Pudiéramos llenar un libro de citas; al respecto un desconocido, M. Sturmer, decía en 1933: “Estamos en el principio de una nueva era, que se caracteriza por una gran inseguridad, por una crisis permanente y por la ausencia de cualquier tipo de *status quo*... Hemos de ser conscientes que nos encontramos en una de aquellas crisis de la historia mundial que describió Jacob Burckhardt”. En el mismo año de 1933 (casualmente el año del ascenso de Hitler al poder) decía el gran científico Max Planck: “Estamos viviendo un momento muy singular de la historia. Es un momento de crisis en el sentido literal de la palabra. En cada rama de nuestra civilización material y espiritual parecemos haber llegado a un momento crítico. Este espíritu se manifiesta no sólo en el estado real de los asuntos públicos, sino también en la actitud general hacia los valores fundamentales de la vida social y personal... Ahora, el iconoclasta ha invadido el templo de la ciencia. Apenas hay un principio científico que no sea negado por alguien. Y, al propio tiempo, cualquier teoría por absurda que parezca puede hallar prosélitos y discípulos, en un sitio u otro”, proyecciones ambas de lo que venía sucediendo y anticipación profética de un mundo que se salió de madre, y cada vez más, marchaba a la diablo. El futuro antes de conocerse se intuye, aunque sólo la realidad tiene la última palabra y excede cualquier imaginación o fantasía. Razón y sentimiento, casi siempre en pugna, gobiernan el mundo.

El siglo XX es un siglo fronterizo y tal como lo vio y estudió Tuchman, historiadora norteamericana; fue un siglo equiparable, como en un espejo lejano, al terrible y creativo siglo XIV. En este siglo, complejo y dinámico, sin la menor duda, el hilo conductor estuvo signado por la ciencia y los científicos. A finales del siglo XX se calculaban 5 millones de científicos en todo el mundo, casi todos concentrados, no importa su origen, “en los países avanzados” y particularmente los Estados Unidos; esto es su verdadera ventaja estratégica sobre el resto de los países. En 1920 el número de científicos en el mundo no llegaban a 10.000 y en su mayoría concentrados en Europa occidental, particularmente Gran Bretaña y Francia y más de la mitad en Alemania, hecho que tiene que ver con el modelo universitario que se implantó en ese país, a partir de 1808, con la creación de la Universidad de Berlín, por Guillermo von Humboldt. Este modelo universitario volcado decisivamente a la investigación, será imitado posteriormente, y en este orden, por Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón; después pasará a influir al resto de las universidades, aunque éstas en su mayoría, todavía hoy respondan más al llamado modelo francés, orientadas básicamente a graduar profesionales.

Este es parte del secreto, la ciencia exige como es lógico, talento y condiciones individuales, pero si no se organiza, estructura e institucionaliza, no hay verdadero desarrollo científico. También la ciencia se convierte en otra rama de la economía y exige estructuras económicas, académicas e industriales adecuadas.

El método más usual para desarrollarse una estructura científica moderna es un financiamiento adecuado (no menos del 3% del PIB); con las políticas correspondientes de organización, formación, difusión e intercambio. Todo esto funciona normalmente con la política de los doctorados, las revistas especializadas, las reuniones y encuentros entre pares y especialistas. Venezuela y América Latina sufren un gran rezago en esta materia, apenas aportamos menos del 2% a la innovación tecno/científica del mundo, lo que indica de paso el fracaso relativo de nuestras universidades o su estancamiento, ya que siguen viviendo de modelos y políticas que no

han logrado ir más allá del movimiento universitario de Córdoba, Argentina, de 1918.

La revolución científica y tecnológica del siglo XX ha subvertido todo el sistema de vida y creencias existentes, y apenas estamos en los comienzos. Todo se ha relativizado, mientras más avanzan nuestros conocimientos; no es casual que en el campo de la física (ciencia estelar de toda esta revolución) surgieran la teoría de la incertidumbre y la teoría del caos y que el propio Einstein fracasara en llegar a formular una teoría del campo unificado, que devolviera orden y concierto al mundo del conocimiento. Los descubrimientos y las innovaciones se hicieron abundantes y continuas, tanto es así que hay un desfase entre la realidad de la ciencia y su aceptación o percepción por parte de la sociedad.

Matemática, física, química, biología, ciencias madres, dieron lugar a una combinación impresionante de nuevas ciencias o ramas de las mismas: bioquímica, biogenética, informática, telemática y cada día surgen más y más especialidades.

En el mundo científico hay una confianza casi absoluta en la ciencia y por eso no se renuncia a ningún tipo de investigación y no se ignora ningún reto, lo que ha llevado a decir a ciertos investigadores que la cura del cáncer y del sida, es un simple problema de tiempo y dinero. La ciencia se hace omnipotente y omnipresente y el científico tiende a evadir la responsabilidad moral de su trabajo.

Este no es un problema fácil y lo vivieron con el máximo dramatismo el equipo científico que construyó la primera bomba atómica, entre otros Oppenheimer, Fermi y el propio Einstein, quienes ante el temor que la bomba la pudiera construir la Alemania nazi, urgieron al gobierno norteamericano a que se adelantara a esa posibilidad; de allí surgió el Proyecto Manhattan del gobierno de F.D. Roosevelt dirigido por Oppenheimer. Este mismo grupo de científicos horrorizados, volvieron a dirigirse al gobierno para desalentar este tipo de proyectos, pero era demasiado tarde y es lo que llevó a exclamar a Oppenheimer *los científicos hemos conocido el pecado*, después de Hiroshima y Nagasaki.

Este problema o dilema moral no ha desaparecido ni puede desaparecer, al contrario, se hace más imperativo que nunca, en un momento que la ciencia ha accedido al código genético, que le está permitiendo actuar sobre la propia creación del ser humano. Una vez más la tentación de jugar a ser Dios.

Si algún problema es importante en el siglo XXI es éste, los límites y las posibilidades de la ciencia, de allí nuestro planteamiento sobre la urgente y necesaria subordinación de la política, la economía y la ciencia a la ética. Después de la bomba atómica, la humanidad entendió las posibilidades reales del suicidio de toda la humanidad a escala planetaria.

Esta amenaza está plenamente vigente, agravada hoy con los riesgos ciertos del deterioro del medio ambiente: la capa de ozono y el calentamiento del planeta; el deshielo polar y, la amenaza de desertificación en todos los países, y particularmente en los grandes pulmones vegetales como la Amazonia.

El modelo de desarrollo no parece el más adecuado, con sus deshechos tóxicos y despilfarro de recursos y energía. La situación se agrava por la inconsciencia generalizada de las mayorías y de las propias elites; pareciera que el futuro, más allá de la propia vida, no tiene interés. Aquí también el desequilibrio es la nota dominante, lo que indica que estos problemas no solamente son educativos y económicos, sino fundamentalmente políticos.

Dicen algunos expertos que las guerras del siglo XXI van a ser por el agua, esto ya parece ser cierto, y las aguas también están repartidas geográficamente de manera desigual.

Algunos filósofos y científicos no se hacen muchas ilusiones sobre el futuro de la humanidad y han llegado a sostener, que así como el mundo empezó con una gran explosión (teoría del Big Bang), así terminará: por la propia naturaleza de la materia, por la energía convertida en calor, y por irracionalidad de los seres humanos, que parecieran empeñados en apresurar las cosas. Nosotros, no podemos aceptar esta posibilidad, aunque veamos la realidad y el peligro.

En términos estrictamente históricos e historiográficos, nuestro horizonte no va más allá de este comienzo del 2004; por aquello de la prudencia y sabiduría retrospectiva, nadie puede, racional y científicamente anticipar nada, aunque es válido y lícito, proyectar y planificar.

No creemos que la historia se va a acabar mañana, no participamos del milenarismo apocalíptico de algunos; pero sí creemos que los tiempos no van a ser tranquilos. Es necesario evitar emular al siglo XX y sus matanzas. La paz es necesaria más que nunca; necesitamos ahorrar energías y ganar tiempo para enfrentar los muchos problemas de nuestro tiempo y de nuestras sociedades. Científica y técnicamente, nunca la humanidad y cada país, estuvieron mejor preparados para hacerlo, de allí la importancia de la política; otra vez hay que aprender a ponerse de acuerdo, más allá de cualquier tipo de diferencia. Hay que convencer a la gente y ganársela para las buenas causas, más allá de los intereses particulares, sin quitarle licitud y pertinencia a estos. Hay que construir sistemas políticos respetuosos de los derechos humanos y gobiernos eficaces, competentes y honestos; hay que aprender a formular políticas realistas, racionales, coherentes y auto-correctibles. Absolutamente, hay que subordinar el poder militar al civil y el gobierno a la sociedad. Ningún interés egoísta, grande o pequeño, debe o puede prevalecer sobre el interés general y el bien común.

El ocio y el entretenimiento deben convertirse en acción cultural, que promueva valores y facilite la condición humana como un ámbito sagrado de respeto, dignidad, libertad y solidaridad. En fin, no renunciar a una utopía concreta, realizable y posible históricamente.

La historia es nuestra responsabilidad, es decir la vida toda; del siglo XX, debemos y podemos aprender muchas cosas y fundamentalmente no repetir ciertos errores monstruosos que allí se dieron.

La historia se mueve entre dos extremos, según Cicerón es maestra de la vida; para Hegel, si algo enseña la historia es que no enseña nada. Como siempre, los dos tienen razón, si aceptamos sus

puntos de vista, con la prudencia del caso. Algo aprendemos de la historia, pero el futuro solo se define a partir de la incertidumbre y de nuestra libertad.

Por eso la historia es útil y es interesante; es un libro abierto que puede ser interpretado de muchas maneras y de hecho lo es. La historia es re-escrita permanentemente, y hasta puede convertirse en materia peligrosa e inflamable, como decía Paúl Valery, cuando se convierte en ideología. En el conocimiento histórico no existe objetividad, con excepción del método y las técnicas empleadas; pero si debe existir honradez por parte del historiador, aunque no propugne una verdad, si debe ayudar a comprender.

Al historiador le está vedado hacer prospectiva, pero igual que es inevitable opinar y ser testigo directo, igualmente difícil es evitar la tentación de proyectar aunque sea nuestros propios deseos e intereses.

De cara al siglo XXI pensamos que todo va a cambiar, más en apariencia que de fondo, por lo que ya hemos dicho sobre la persistencia y permanencia de muchos aspectos de la conducta individual y social y porque no todo cambia al mismo ritmo.

La geopolítica de los intereses nacionales y el juego de las grandes potencias seguramente van a continuar, aunque algunos protagonistas puedan cambiar. Seguramente Estados Unidos seguirá dominando la escena mundial por unas cuantas décadas más con una competencia cada vez más cerrada de la Unión Europea y China. Rusia volverá a jugar un papel protagónico y hay un grupo de países, cuya importancia geopolítica actual y potencial es evidente: Japón, la India, Australia, Canadá, México, Brasil, Sudáfrica. Una incógnita es América Latina en su conjunto, sub-continente con un potencial geopolítico increíble, pero que pasa necesariamente por su desarrollo, integración y unidad. En esta proyección lo importante y prioritario es evitar una guerra a gran escala y mantener los conflictos regionales y locales en los límites de la política internacional, es decir, manejables, que no se desborden y eventualmente puedan ser resueltos mediante negociaciones.

El otro conflicto o problemática a atender urgentemente son los grandes desequilibrios mundiales en el orden de la pobreza y el desarrollo; 20% de los habitantes de la tierra no pueden seguir siendo privilegiados en detrimento del otro 80%; la riqueza, el bienestar y la democracia política tienen que ser compartidas y verdaderamente universalizadas.

No va a ser fácil, los intereses egoístas de los individuos y de las naciones tenderán a mantenerse y si es posible a acrecentarse; el ideal ético va a ser fuertemente comprometido por una economía cuya racionalidad y razón de ser es el lucro y la maximización de los beneficios. Igual la política, gobiernos y políticos, va a ser difícil que renuncien a la lógica del poder y la supremacía. En el campo científico, prevalece la idea de no ponerle límites a la investigación. En fin, el mundo peligrosamente se desliza hacia la inequidad y a un individualismo determinado por el consumismo. En nombre de la libertad cada vez somos menos libres en nuestros hábitos y conductas, cada vez más condicionados por las modas y la publicidad.

El mundo se homogeneiza y uniformiza, adocenando y mediocrizando las conductas individuales y colectivas. Nada más triste que un stadium pleno de fanáticos vociferantes, cuyo nivel de racionalidad se reduce al mínimo y se maximizan sus posibilidades de violencia.

Autopistas y carreteras se estandarizan en tecnología y tipo de negocios, facilitando las comunicaciones y la velocidad, pero igualmente inhibiendo el verdadero viaje de placer a tiempo perdido, para poder disfrutar de verdad del paisaje, las costumbres, la gastronomía local y la artesanía correspondiente. Esto puede parecer romántico y perdido para siempre, pero hay que volver a meditar sobre la importancia del ocio helénico y del *dolce far niente*, a menos que le entreguemos también nuestro tiempo libre, a la moda, al marketing, al comercio y al negocio en general. *Los tiempos cambian. El Mundo nos usa.* Todo es revisable, estamos fatigados y aparentemente no vamos a ninguna parte. No hay peor

nihilismo que el consumismo, todo es desechable, todo nos hace falta, más allá de nuestras necesidades reales.

Vivimos la época posmoderna de la neutralidad absoluta (Barthes) “Ni esto ni aquello”, es el gran rechazo y la insatisfacción permanente y es que siempre hay un objeto y una mercancía que nos reclama más allá de nuestras posibilidades. Es el infierno de Dante, la publicidad y la moda nos abren el apetito y nuestros recursos reales ponen los límites. Se nos invita al infinito y a lo absoluto, desde el limitado horizonte de nuestros ingresos y medios.

El actual modelo económico conduce al desastre, ya que ha establecido una ecuación terrible: consumir para crecer económicamente y crecer para generar empleo y más dinero para gastar, más allá de las necesidades básicas. Este es un modelo económico pensado para un 20% de habitantes del planeta mientras abandona al 80% restante.

No creo que esto sea pesimismo sino constatar una realidad objetiva que mucha gente por cobardía, comodidad o complicidad no quiere ver. La gente siente la necesidad de algo más, aunque no sabe de qué se trata, de allí el resurgimiento de las religiones tradicionales, especialmente en las sociedades más pobres y atrasadas, y en el mundo urbano contemporáneo. La soledad del individuo se compensa con el ruido y el aturdimiento del espectáculo o la droga y la evasión de todo tipo.

Decíamos que queríamos comprender y queríamos ser optimistas, a nuestra manera lo somos, en la línea del optimismo trágico del siglo XX y con unas creencias que no permiten renunciar a la esperanza, pero el ejercicio de lucidez que estamos obligados a hacer de manera permanente nos alertan sobre los riesgos y peligros de nuestra época. El siglo XXI, como siempre sucede con los tiempos históricos, será lo que nosotros queramos que sea, desde nuestra responsabilidad, valores y libertad.

Nuestros límites son el miedo a la libertad y la carga de verdad que estemos dispuestos a aceptar.